

---

**AÑORANZAS POR UN PRESENTE AÚN MÁS VERDE**  
**neoliberalismo y la ecociudad**

**R O S S E X O A D A M S**

Traducción del inglés por Ivonne Santoyo Orozco

## RESUMEN

Este ensayo analiza el auge de la ‘ecociudad’ dentro de un amplio contexto político e histórico. Exponiendo así no solo lo que la ‘ecociudad’ representa por sí misma, sino también una tendencia, dentro de la historia del urbanismo y de la arquitectura moderna, que la liga estrechamente a la dialéctica de crisis y reforma. De esta misma manera, se examina la relación entre la retórica de la sostenibilidad y la representación del proyecto, la cual hoy en día parece dominar el *diseño* mismo de la ‘ecociudad’—una invención cuya consistencia física siempre parece eclipsada por sus promesas éticas universales. La consecuencia de ese tipo de pensamiento, el cual es criticado típicamente por no cumplir completamente con sus promesas, señala un problema aun más profundo. Un problema que ha acompañado al proyecto urbano tal vez desde el siglo diecinueve, y solo ahora, ante la persuasión ideológica de la globalización y el libre mercado del capitalismo, adquiere claridad. El argumento que se expone aquí es precisamente que al responder a la crisis ecológica a través de nuevos modos de urbanización, se desplaza a la verdadera crisis (ecológica) al ser sustituida por una sugerencia distinta y más sutil: la ‘verdadera’ crisis que confrontamos es el colapso del capitalismo liberal.

**Palabras clave:** *ecociudad, crisis, neoliberalismo, liberalismo, urbanismo, diseño urbano, naturaleza, sostenibilidad, reforma, infraestructura, circulación, indeterminación, utopía, miedo, catástrofe ecológica.*

## ABSTRACT

This essay attempts to frame the rise of the ‘eco-city’ within a larger political and historical context in order to expose not only what the ‘eco-city’ itself represents, but also to uncover a certain tendency within the history of modern architecture and urban design, tied to the dialectic of crisis and reform. In so doing, it examines the relationship between rhetoric and representation that now seems to dominate the actual *design* of an ‘eco-city’ itself—a figure whose physical consistency always seems overshadowed by its universal promises of ethical goodness. The consequences of such thinking, which are typically criticized for not delivering completely on its promises, point to a much deeper problem at hand—one which has accompanied the urban project since perhaps the nineteenth century, and is only now, within the ideological white-wash of globalized, free-market capitalism, becoming clear. I will argue that precisely by addressing the crises of ecological catastrophe through a new mode of urbanization, the true (ecological) crisis is displaced and is substituted by a far different, more subtle suggestion: that the ‘real’ crisis we face is the collapse of liberal capitalism itself.

**Keywords:** *ecocity, crisis, neoliberalism, liberalism, urbanism, urban design, nature, sustainability, reform, infrastructure, circulation, indetermination, utopia, fear.*

En los últimos años ha crecido notablemente el número de arquitectos encargado de diseñar ‘nuevas ciudades’. Tal fenómeno viene acompañado por un compromiso con los términos de la ‘sostenibilidad’, que ahora son inseparables del proyecto urbano. A pesar de que ese concepto, ‘sostenibilidad’, sigue siendo vagamente definido, todavía se presenta con una urgencia similar a aquella que en el pasado impulsó los grandes movimientos de arquitectura moderna en relación a la ciudad. Al igual que en aquellos movimientos, en esa urgencia subyace una referencia retórica a un miedo colectivo hasta cierto punto tangible: el miedo a la revolución, que impulsó a Le Corbusier durante los 1920s; el miedo a la tabula rasa cultural, presente en las obras de Jane Jacobs y en el Team X durante los 1950s y 1960s; actualmente nuestro nuevo miedo: el del colapso ecológico, y con él su correspondiente respuesta en la arquitectura ‘verde’ o ‘ecológica’.

Es obvio que alrededor del mundo la proliferación de proyectos para las ‘ecociudades’ no sería posible sino fuera porque su factibilidad está relacionada con la inminente posibilidad de una catástrofe ecológica –una condición de dimensiones aterradoras–. Claramente, la retórica de la sostenibilidad está impulsada por ese temor. Sin embargo, al inspeccionar tal miedo de manera más detallada, la claridad parece esfumarse. Dada la posible catástrofe ecológica, los arquitectos parecen haber cultivado, no solo un fetiche por molinos de viento o vegetación, sino aún más importante, una curiosa nostalgia por el *presente* –un pragmatismo cuya impaciencia por el pasado busca una especie de reconstitución del presente al imaginar cualquier futuro–. Para entender este impulso y el temor que existe en el centro del proyecto urbano en este momento, la ‘ecociudad’, se hace necesario examinar tanto la retórica arquitectónica como las formas de representación que dan vida a la ‘ecociudad’.

## Diseño urbano

La ‘ecociudad’ es un mecanismo concebido por políticas de estado neoliberales, por medio de las cuales

la naturaleza del diseño urbano ha cambiado drásticamente, tanto en la práctica como en su forma de conocimiento. Más importante aún: en la actualidad el estado operativo del proyecto urbano es estrictamente intermediario. Mientras que en el pasado la preocupación de arquitectos y urbanistas giraba en torno a la solución precisa y calculada de planes definitivos, hoy en día la tarea del diseñador urbano responde a premisas distintas. Debido a que en el actual contexto político el diseño a escala urbana se ha convertido en una empresa cada vez menos regulada y cada vez más accesible a la inversión privada, la preocupación central del diseño urbano se ha dirigido hacia la creación de sofisticadas campañas publicitarias que tienen como fin buscar el apoyo popular y ‘democrático’ de los desarrollos inmobiliarios a gran escala. Su inspiración es la especulación de capital; su objetivo, facilitar el crecimiento económico.

En la medida en que estos proyectos continúen sin pretender ejecutar lo que proponen (y eso que proponen, con frecuencia, es deliberadamente vago y poco claro), su servicio se reducirá tan sólo a dar el aval del arquitecto a un equipo anónimo que ejecutará el proyecto en su nombre. De esa manera, la necesidad del arquitecto por mantener una coherencia en la producción de dibujos de aquello que podrá o no ser construido es usualmente mínima. En su lugar, el éxito del diseño depende únicamente de la composición de imágenes y de textos, y de su constante corroboración con el lenguaje de la sostenibilidad.

Ante estas circunstancias, tanto arquitectos como urbanistas han aceptado una retórica de sostenibilidad que adopta, sin reservas, una ética humanitaria como respuesta a la catástrofe ecológica. Evitando a toda costa la pomposidad de mantener una posición política, esas éticas que acompañan al quehacer urbano contemporáneo son usualmente transmitidas a través de sofisticadas estadísticas, información impresionante y descripciones amenazantes sobre la inminencia de la proximidad de ‘puntos críticos’ que anuncian desaparición y desastre. De esta manera, el discurso de la sostenibilidad le ha dado nueva vida al anticuado impulso humanista, al elevar la dimensión del riesgo y su importancia por medio de un llamado a responder a un deber

implícitamente moral. No es sorprendente, sin embargo, que esos ideales sean alimentados por una economía de *buenas* intenciones. Es por esta razón que esos mismos ideales permanecen fuera del alcance de cualquier análisis crítico, en tanto que la sobrevivencia de nuestras especies es expuesta como si dependiera de la promesa que dichos ideales portan. Sin embargo, en tal postura ética también está implícita la imposición de un cierto tipo de estado de excepción, que paraliza el proceso crítico arquitectónico. Es así como al introducir esa suspensión silenciosa del juicio, el lenguaje de la sostenibilidad adquiere un rol crucial en la propagación de tal trabajo. Por ende, el propósito del diseño urbano en última instancia se conserva proveyendo a lo absolutamente ordinario de un suplemento retórico de *buen*a ética. Al posicionarse de esa manera, la retórica de la sostenibilidad desvía por un lado el criticismo, mientras que por otro lado garantiza el soporte a su honorable causa.

Hablar del *diseño* de tales proyectos es ya de por sí una tarea enrevesada, porque una verdadera ciudad 'ecológica', en lugar de ser el resultado de un formalismo arquitectónico, debería *emerger* de los múltiples sistemas de la naturaleza que la prefiguran: es en este momento que la tarea del arquitecto debe ser identificar aquellos sistemas espaciales de la naturaleza. La suspensión del juicio le otorga al proyecto urbano una especie de libertad formal cuya indeterminación refleja el grado de complejidad que la 'eco-ciudad' puede utilizar. De este modo, tales demandas éticas de virtud alcanzan su confirmación material en la misma forma urbana llevada a cabo en tales proyectos. Con gestos refinados hacia la naturaleza, se le presta una gran atención a los hábitats y a los patrones de migración de los animales que habitan en el sitio, se cataloga la flora y fauna, se hace un gran esfuerzo por constatar los sistemas únicos de simbiosis que se deben preservar, y así sucesivamente.

A partir de esas investigaciones se traza sobre el sitio diversas organizaciones de la naturaleza para dar al proyecto la disciplina básica y estructural, a la cual lo urbano deberá atenerse. Para complementar gestos de ese tipo se utilizan los llamados 'corredores ecológicos o verdes', los cuales discretamente se filtran a través de lo

urbano, 'reconectando' los corredores naturales que, de otra manera, la ciudad hubiera bloqueado. Un ejemplo es el proyecto *Biometropolis*, de Foster & Partners en la ciudad de México: un plan maestro de 71 hectáreas para un nuevo campus urbano de biotecnología que incluye una 'comunidad sostenible de uso mixto'; en este proyecto, la sobreabundancia de naturaleza convenientemente relega la arquitectura de la ciudad a un pequeño parche en un segundo plano. En consecuencia, la arquitectura como entidad material y formal debe desaparecer: ésta no es sino la necesidad desafortunada de la ciudad, que no ha sido capaz de prescindir de ella. En su lugar, la arquitectura de las eco-ciudades debe compensar su agobio a la naturaleza por medio del uso de techos verdes, de vegetación en fachadas y del uso excesivo del vidrio: el acto triunfal de autoaniquilación de la arquitectura.

Aún más importante que el lenguaje visual dominante del diseño urbano (ecológico), a través de sus imágenes deslumbrantes, es que se ha introducido una extraña transformación en la relación tradicional entre fondo y figura. El cambio fundamental es el tratamiento de la figura en la composición. A diferencia de aquellos *renders* arquitectónicos utilizados para representar edificios aislados (donde existe una composición precisa entre el primer plano y el fondo que enmarcan la figura del edificio), la figura en la imagen parece desaparecer cuando un proyecto se convierte en urbano, dejando únicamente un fondo construido. Esta ausencia de la figura, llevada a cabo con destreza hiperrealista, si bien confirma un creciente llamado hacia la sensación y el efecto, al mismo tiempo sugiere que el proyecto *en y por sí mismo* está en proceso de retirada. La distancia entre primer plano y fondo, que ya no se mantiene por la tensión de una figura identificable, colapsa en un estado confuso de atmósfera total, dejando al observador en la incapacidad de percibir el proyecto más allá de su mera apariencia.



Figura 1. Foster and Partners, Biometropolis, Ciudad de México.



Figura 2. Foster and Partners, Masdar, Abu-Dhabi.

## Liberalismo, naturaleza, urbanismo

A pesar de las aparentes novedades metodológicas implementadas en el diseño urbano contemporáneo, es importante cuestionarse que tan nuevas son realmente tales propuestas. A este respecto es oportuno revisar brevemente la historia del urbanismo moderno. De hecho, si nos remontamos al siglo diecinueve para examinar el origen del término ‘urbanismo’, como una categoría cuyo contenido ideológico estaba estrechamente ligado a las reformas políticas del liberalismo de aquel momento, podremos observar varias conexiones importantes con nuestra noción contemporánea de urbanismo y diseño urbano (Choay, 1970).

Casi un siglo después de que los fisiócratas descubrieran la ‘naturalidad’ (*naturalness*) inherente a las relaciones sociales y económicas, el estado comenzaría a llevar a cabo en el siglo diecinueve una serie de transformaciones que desarrollarían al máximo el potencial de aquella ‘naturalidad’ a través de un programa de liberalismo político. De la misma manera en que el liberalismo estableció sus raíces en la fisiocracia (el ‘gobierno de la naturaleza’), el urbanismo materializó un discurso pseudo-científico de la naturaleza que, en lugar de impedir la ‘naturalidad’ inherente a la sociedad, buscó hacer de sus contingencias, realidades y fenómenos naturales las características de la cohabitación urbana. Ya para el siglo diecinueve los planificadores urbanos habían reformulado totalmente la noción de ciudad como un ‘organismo biológico’ cuyas ‘partes funcionales’ fueron posibles a través de estrategias de conectividad infraestructural. El enfoque de políticos y urbanistas giró en torno a la optimización de los sistemas de *circulación*, buscando liberar las capacidades supremas de una sociedad en razón de su propia naturaleza. En lugar de obstruir la actividad social y económica a través de mecanismos disciplinarios, la ciudad, por el contrario, usaría e impulsaría toda la naturalidad de las relaciones humanas a través de un despliegue masivo de sistemas infraestructurales modernos.



El haber concebido la ciudad a través de un punto de vista científico la vació de su consistencia política. Al hacer eso, la forma urbana se hizo independiente de la organización real de la ciudad. Mientras que grandes experimentos para nuevas configuraciones formales prevalecían en el siglo diecinueve, casi todos los productos de aquel trabajo –desde el rediseño de Barcelona, ejecutado por Cerdá, hasta la reconstrucción de París por Haussmann o el desarrollo reticular de las ciudades americanas– se basaban en la simple idea de combinar materialmente sistemas funcionales con puntos de conexión individuales. En otras palabras, a través del enfoque administrativo del urbanismo, la ciudad se reconstituyó como una serie de infraestructuras integradas que intentaba organizar la ciudad en un sistema unificado de circulación gestionada. Visto de esta manera, lo que resulta realmente ‘moderno’ de la ciudad del siglo diecinueve es su completa dependencia de la infraestructura. Lo que alguna vez se basó en modelos de representación para la estructuración de las ciudades fue abandonado por un marco más generativo, en donde funcionalmente los sistemas genéricos de organización pudieran ser reproducidos y utilizados a diferentes escalas y para diferentes usos (Wallenstein, 2009). Así, con la introducción del sistema de drenaje, por ejemplo, lo que comenzó como un programa de higiene para la ciudad fue muy pronto visto como un modelo general para conceptualizar no sólo otros sistemas de infraestructura sino también la ciudad entera: nodos y corredores, circulación y conectividad, producción y consumo; todo parecía caracterizado por una repetición genérica de la ciudad moderna. Basada en estos principios, la forma de la ciudad, ya fuese rígidamente compuesta o libremente orgánica, ocultaría cada vez más la indeterminación común que se da en el núcleo de la organización de la ciudad: al reorganizarla con sistemas de infraestructura, la ciudad podría ser conceptualizada como un tipo de retícula abstracta cuyos elementos, distribuidos a lo largo de ella, revelarían su ‘equivalencia funcional’. El espacio comenzó entonces a ser caracterizado por la serialidad y la intercambiabilidad, haciendo indistintos el valor y la cantidad (Joyce, 2003). Esta condición se intensificó durante el siglo veinte con la ‘Ciudad Jardín’ de Ebenezer Howard, los experimentos modernistas, el

funcionalismo, el movimiento metabolista y tantas otras muestras de la fascinación por los sistemas naturales.

Hasta un estudio somero del esquema básico propuesto por la ‘eco-ciudad’ deja en claro que el nuevo urbanismo ‘sostenible’ se sitúa cómodamente dentro de esta historia liberal del urbanismo. En un primer nivel, el locus operativo del diseño sostenible se mantiene en pie, sin mayor inconveniente, en los sistemas de infraestructura y en las estrategias de su uso en el espacio. Segundo: la indeterminación juega un papel incluso más fuerte en la categoría de ‘uso mixto’ –una designación de los bienes raíces que ha llegado a tener un papel central en el urbanismo sostenible, funcionando como una especie de estabilizador económico, asegurándole a los posibles inversionistas una ‘vitalidad’ calculable que la nueva ciudad albergaría. Esta categoría es tal vez el grado cero de la indeterminación que desplaza todas las decisiones del dominio del diseño al capricho del mercado, garantizando la división entre *forma* y *organización* urbana. De esta manera, la ‘eco-ciudad’, que es optimizada con base en las consideraciones del clima, patrones de viento, luz, sistema de aguas, etcétera, puede ser tan convenientemente ‘sostenible’ como aquella que le rinde homenaje al cliente moldeándole una extrusión de su logo corporativo. Por último, los argumentos ‘científicos’ de la sostenibilidad son, en gran medida, una reproducción simplista de las mismas metáforas que fueron aplicadas en la ciudad del siglo diecinueve, apareciendo ahora sólo para proponer de nuevo la misma adherencia al dogma del urbanismo basado en la infraestructura: las metáforas de los sistemas biológicos típicas del siglo diecinueve reaparecen hoy en forma de ‘estrategias’, impulsadas por objetivos arbitrarios cuyo único contenido es la buena intención.

En este sentido, la ‘eco-ciudad’ no es nada más que el producto del programa del urbanismo liberal que tiene siglos de antigüedad y cuya novedad hoy en día incluye estrategias infraestructurales para la distribución de la naturaleza. Esta novedad presenta como obsoleta la oposición entre la naturaleza y la ciudad, ya que la ciudad aparece ahora como agente de salvación de la naturaleza. Estrategias como la del ‘corredor ecológico’ representa un esfuerzo más para extruir la naturaleza, dándole así sus propios patrones de circulación en el reino de lo

urbano. La idea de que la naturaleza puede reducirse a un reflejo de los sistemas infraestructurales que gobiernan la ciudad revela, paradójicamente y como mínimo, una enorme pérdida de fe en el diseño.

Sin embargo, el decir que la ‘eco-ciudad’ es simplemente la actual iteración del urbanismo moderno revelaría poco del trasfondo ideológico de los objetivos de su diseño. De hecho hay varias novedades aparentes en el urbanismo ‘sostenible’ que vale la pena hacer notar. Primero, la incorporación de la naturaleza dentro del dominio del control infraestructural es nueva, en tanto que tal control produce una inversión retórica con respecto a la virtud inherente del diseño urbano. Segundo, debido a varias transiciones políticas y económicas claves que se han dado en las últimas décadas, la ciudad se ha convertido del todo en objeto de la inversión privada, creando, tal vez por primera vez en la historia moderna, la idea de la *ciudad privada*. Este cambio ha alcanzado su apogeo gracias a la emergencia de la ‘sostenibilidad’, la cual ha expuesto el desarrollo urbano puramente capitalista a un discurso cargado de promesas de salvación. Justo cuando se estaba volviendo claro que la historia de la ciudad moderna coincidía con la historia de los desastres ecológicos, la figura de la ciudad se transfiguró en una estructura tecnológica de redención, concediéndole urgencia escatológica a los desarrollos inmobiliarios a gran escala. Movilizado por la crisis ecológica, el miedo permanecerá en el centro de esta urgencia.

### **Crisis, miedo, reforma**

Según Reinhart Koselleck (2006: 372) el término ‘crisis’, al finales del siglo dieciocho, se convirtió en el ‘sello estructural de la modernidad’, y no es de uso común en Europa sino hasta bien entrado el siglo diecinueve. El uso del término y la expansión de su significado durante este periodo acompañaron muy de cerca el nacimiento del urbanismo moderno. Derivado de su significado original en griego, el término ‘crisis’, que implicaba ‘separar’, ‘elegir’, ‘juzgar’, ‘decidir’ (Koselleck, 2006: 358), fue un concepto central de justicia y orden político. En su

eventual transformación en el siglo dieciocho, al término se le adhirió una connotación escatológica y, durante el siglo diecinueve, su uso se extendió al dominio de la economía, desde donde encontraría un nuevo uso ligado a la política económica liberal, obteniendo así un tono más claramente optimista (Koselleck, 2006: 378). A través del concepto moderno de crisis, tanto la revolución como la reforma se harían posibles. Su incorporación en el lenguaje popular, junto con la expansión de su significado, hizo de él una fuerza motivadora histórica, legitimando, por una parte, las categorías reformistas de ‘progreso’ y, por otra parte, secularizando sus matices escatológicos. La crisis, desde el siglo diecinueve, se verían como un registro cíclico de la historia, cuya otra cara sería la reforma.

Tanto los arquitectos como los planificadores modernistas han hecho uso del ciclo crisis-reforma para movilizar fuerzas económicas y políticas respaldando sus proyectos. Por ejemplo, la famosa máxima evocada y popularizada por Le Corbusier, ‘arquitectura o revolución’, contiene precisamente ese clamor por la reforma. En vista de tal economía, la especificidad del término ‘crisis’ en su versión moderna ha sido todo, excepto uniforme. En sus versiones más contemporáneas, Koselleck dice que “el concepto de crisis, que alguna vez tuvo el poder de plantear alternativas inevitables, duras y no negociables, se ha transformado para hacer calzar las incertidumbres con aquello que favorezca en un momento dado” (Koselleck, 2006: 399). La falta de determinación evidente en el discurso de sostenibilidad, reproducida en el diseño de la ‘eco-ciudad’, se puede explicar únicamente por medio de la aparente indeterminación con que se ha tratado la crisis ecológica. La importancia del concepto de crisis en el proyecto urbano del presente se hace notoria.

Aún más: si la consistencia de la crisis ecológica es tan vaga, ¿cuál es la verdadera fuente de nuestro miedo? Recordemos las imágenes de los proyectos urbanos mencionadas anteriormente con su carencia, típicamente extraña, de una figura. En una inspección más detallada se hace evidente que, en lugar de entender la real profundidad de la catástrofe ecológica, estos proyectos hacen patente una ansiedad totalmente distinta.

En las imágenes de estos proyectos, el llamado a las sensaciones se mantiene de manera tan prominente que a menudo termina por ocultar una lectura clara del verdadero contenido de la imagen. En el ambiente saturado yace una orden implícita que nos exige ver la imagen con cierta melancolía, como si fuera una ‘fotografía instantánea’ de una vida que supuestamente ‘alguna vez fue’; una imagen que, sin indicar el pasado y tampoco el futuro, pregunta no lo que puede ser, sino lo que *debe* ser. Debido a la retórica del desastre ecológico implantada en la ‘ecociudad’, podemos ver estas imágenes intensificadas, como en un tipo de catálogo visual de todo lo que está en peligro y que se debe preservar. Más allá de una preocupación por el exterminio de la naturaleza –la naturaleza en tales imágenes aparece no como una selva en extinción, sino como una gran superficie manipulada, un *accesorio* (usado en exceso) de lo urbano–, tales imágenes hacen visible otro miedo aún más profundo: el miedo a la pérdida, no de una naturaleza en peligro y de su capacidad de sostener la vida, sino de *las condiciones que sostienen a la amenazada utopía liberal*. Al despojar a estas imágenes de los accesorios vegetales y tecnológicos, este miedo a la pérdida se hace evidente: las composiciones proponen poco más que una nostalgia liberal por el presente –un presente que es etéreo, simulado–. La ética en esta estructura retórica sirve, en última instancia, para disciplinar la imaginación arquitectónica, reduciéndola a una reinterpretación patológica del presente.

La ‘eco-ciudad’ se postula entonces como un gesto de nuestra noción contemporánea de una urbe cosmopolita completa gracias a sus suplementos tecnológicos: los aparatos paranoicos necesarios para sostener al corazón liberal en medio de los estragos ecológicos inexorables. Desde esta perspectiva, el rol de la ‘eco-ciudad’ salta a la vista: es sólo una pantalla fantasmiosa (phantasmatic) que nos prohíbe confrontar los verdaderos temores a la catástrofe ecológica y, al mismo tiempo, nos implora que identifiquemos silenciosamente este temor con el colapso mismo del capitalismo liberal. Mientras la noción de utopía liberal ha permanecido tal vez atrofiada por las realidades internas del liberalismo, posiblemente por primera vez en la historia moderna la

frivolidad vaga con que se ha tratado la crisis ecológica es lo que ha hecho posible su creación en la figura de la ‘eco-ciudad’. Por ejemplo Masdar, el ‘cluster’ tecnológico de cero-emisiones, un proyecto para una ‘eco-ciudad’ en Abu-Dhabi de Foster & Partners, se presenta como la respuesta liberal a la catástrofe ecológica: una zona económica libre, encerrada y aislada.

Si este argumento es correcto, la fantasía de que el ‘futuro ecológico’ es también (y únicamente) un futuro liberal deberá de esfumarse. Es perverso construir esas fantasías como ‘eco-ciudades’. Lo que prometen es, paradójicamente, transformar un sistema político despedazado en una condición de completa exclusión y privación: su única verdadera seguridad es la privatización de la esfera urbana. El miedo usado por el liberalismo para confrontar la verdadera crisis es neurótico, ya que puede ser fácilmente mitigado por ‘soluciones’ parciales e irrelevantes. De esta manera, tal vez la verdadera crisis que ahora enfrentamos es el persistente tratamiento liberal de la ‘crisis’, porque esa “tendencia hacia la imprecisión y la vaguedad [...] podría ser vista como el síntoma de una crisis histórica que todavía no podemos enteramente estimar” (Koselleck, 2006: 399).

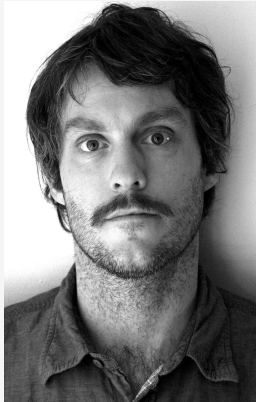
## Bibliografía

Choay, F. (1970). *The Modern City: Planning in the 19th Century*. G. Braziller, New York.

Joyce, P. (2003). *The Rule of Freedom: Liberalism and the Modern City*. Verso, London.

Koselleck, R. (2006). *Crisis*. *Journal of the History of Ideas* 67(2): 357-400.

Wallenstein, S-O. (2009). *Biopolitics and the Emergence of Modern Architecture*. Princeton Architectural Press. New York.



**Ross Adams** es Máster en Arquitectura por el Instituto Berlage en Rotterdam y Bachiller en Ciencias Biomateriales por la Universidad de North Carolina en Chapel Hill. Adams ha trabajado como arquitecto y diseñador urbano para MVRDV, Foster & Partners, Arup y Productora en Nueva York, Rotterdam, México D.F. y Londres. Su tesis de maestría, dirigida por Pier Vittorio Aureli y Elia Zenghelis, se centra en la política y la forma urbana de Moscú en el siglo veinte. El resultado fue expuesto en la Bienal de Venecia del 2006. Adams ha enseñado en el Instituto Berlage y en la Universidad de Brighton en el Reino Unido. Su trabajo ha sido publicado en *Radical Philosophy*, *LOG*, *Thresholds* y *Project Russia*. Actualmente enseña en la Architectural Association en Londres y realiza estudios doctorales en el London Consortium gracias a la beca del Instituto Real de Arquitectos Británicos (RIBA, 2011 LKE Ozolins Studentship). Su investigación explora la circulación como un paradigma en el diseño urbano y su relación con la política liberal.

Datos de la traductora

**Ivonne Santoyo Orozco** se graduó del Master en Arquitectura por el Instituto Berlage en Rotterdam y se tituló magna-cum-laude del Bachiller en Arquitectura por la Universidad de las Américas en Puebla, México. Ha trabajado tanto en proyectos propios como para las oficinas de Arup y Foster & Partners en Londres, Fernando Romero en México y Wiel Arets en Maastricht. Desde el 2010 enseña en la Architectural Association en Londres, en donde también realiza sus estudios doctorales gracias a la beca del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México (CONACYT-FONCA).

Publicado por primera vez en *Radical Philosophy* 163, (2010): 2-7.

Publicado en **revistArquis** por cortesía del autor.